



Christ Is Born!

25 de diciembre, 2024

Al Clero, Monásticos, y Fieles de la Iglesia Ortodoxa en América,
Mis amados Hijos en el Señor,

¡Cristo ha nacido! ¡Glorifiquémosle!

Deja que los fuegos celestiales ardan en silencio y que contemplen con reverencia un humilde rincón del universo, la oscura tierra, y la parte más preciosa de ese rincón: la gruta que está dando a luz a Dios.

– San Nikolai Velimirovic, Oraciones por el Lago 49

Hoy es la culminación brillante y maravillosa—pero también secreta y humilde—de una temporada pasada en anticipación oculta. A diferencia de la Gran Cuaresma, cuando se tocan trompetas para anunciar el ayuno (Joel 2:15), los cuarenta días del Ayuno de la Natividad transcurren silenciosamente, en la oscuridad de la noche—la misma noche en que los pastores velaban y guardaban la vigilia sobre sus rebaños (Lc. 2:8). En esta oscuridad, la oscuridad de la sombra de la Ley (Heb. 10:1), se hace compañía a los santos profetas—Abdías, Nahúm, Habacuc, Sofonías, Ageo, Daniel y los Tres Santos Jóvenes. Se escucharon las primeras notas del canto que celebra la Natividad de Cristo el 21 de noviembre, como katavasias del canon. En el día de San Andrés, en el día de San Nicolás, aquí y allá, se entonó un himno sobre Aquel que ha de venir. La expectativa creció durante la antefiesta y alcanzó su punto culminante con la Liturgia Vespertina y la Vigilia de la víspera de Navidad.

Ahora, sobre nosotros que permanecemos durante cuarenta días en gran oscuridad, ha brillado una Luz aún mayor (Is. 9:2). Nuestra Esperanza ha llegado; nuestra Expectación se ha cumplido.

Aquel a quien esperábamos en la oscuridad y el silencio se manifiesta ahora en esa misma oscuridad y silencio—las tinieblas y el frío de la medianoche, en la noche negra y sin luna de nuestro pecado, en la profunda hendidura de la cueva, contenido en el pesebre. Pero, a pesar de las tinieblas que lo rodean,



Él resplandece como una Luz clara, pura e inocente. A pesar del silencio opresivo, su misma presencia, su misma identidad, es la del Verbo, el Verbo que estaba en el principio (Jn. 1:1).

Él es la Luz que brilla sobre nosotros desde el Padre; Él es la Palabra del Padre para la humanidad. Él es el cumplimiento, la fuente y el sustento de todas nuestras esperanzas.

Su luz es la luz de la pureza, de un amor celestial y plenamente generoso. Su palabra es una palabra de paz—no una paz engañosa, hipócrita o egoísta llena de consuelos falsos como la que el mundo da (Jn. 14:27), sino una paz verdadera, la paz con Dios, la paz de la Cruz. Y su esperanza, incomprensible para los de mente terrenal, es la esperanza de una vida sin fin que no es como esta vida: es una vida entregada plenamente al Otro, entregada completamente a Dios, una vida indiferente a los placeres pasajeros y a los logros efímeros, ocupada únicamente en la comunión que se da a los demás y en el amor que se vacía de sí mismo.

El nacimiento de este Santo Niño, nuestro Señor y Dios y Salvador Jesucristo, la Luz, la Palabra y la Paz de Dios, no acontece solo en una cueva de piedra: también acontece en el alma de cada uno de los elegidos. Para convertirnos en moradas dignas de esta luz oculta, hemos pasado cuarenta días en preparación, y hoy, Cristo ha nacido para nosotros; para nosotros se nos ha dado un Niño (Is. 9:6). Y, en Él, todas nuestras esperanzas se cumplen. El que nació de la Virgen nos habla en una de las Oraciones de San Nikolai Velimirovic junto al Lago:

Yo soy tu mañana, desde hoy hasta el fin de los tiempos. Todo lo bueno que has estado esperando de los días venideros está en mí. Hoy, tu mañana se cumple en mí. Y ningún día, desde ahora hasta el último día, te traerá lo que yo te traigo. He aquí, yo soy el día que no tiene principio ni fin.

Soy el tesoro de todo futuro que existe y soy el camino hacia ese tesoro. El futuro en su totalidad no podrá darte ni un grano de bien, a menos que tome prestado de mí.

Así, con su Natividad—en Belén y en el corazón—Cristo está con nosotros, trayendo consigo todo bien, toda bendición.

Pero, en otro sentido, aún estamos esperando: toda nuestra vida es un período de Adviento, un período de vigilia esperando la venida de Cristo. Si bien Él nace de manera oculta en nuestra alma en este siglo, sin embargo, esperamos la plena y definitiva revelación de su esplendor inimaginable en el siglo venidero, cuando los elegidos serán revelados como vasos resplandecientes de su presencia para siempre. Así, toda nuestra vida es un período de alegre espera, esperando la plenitud de la Alegría que ya conocemos en parte.

“La desesperanza permanece inactiva. Pero mi esperanza limpia y lava continuamente; airea y perfuma los lugares donde te recibirá,” dice San Nikolai en otra de sus oraciones. Y la mayor expresión de esta espera nuestra es precisamente la oración misma. Nuevamente, como dice San Nikolai: “La oración es necesaria para mí, para no perder de vista la estrella que trae la salvación, pero la estrella no la necesita para no perderme a mí.” Además, la oración no es solo una expresión de espera, de

anhelo, de esperanza: también es el camino para cumplir esas expectativas. Cuanto más oramos, más nos abrimos a la acción de las energías divinas, a la comunión con la Divinidad, y más se cumplen nuestras expectativas, incluso en esta vida.

Por lo tanto, mientras celebramos la Natividad de Nuestro Señor y Dios y Salvador Jesucristo, reunámonos en espíritu ante su pesebre y oremos:

Señor Jesucristo, Hijo de Dios, que estás presente en todas partes y llenas todas las cosas, ven y haz conocer tu presencia en nosotros.

Señor Jesucristo, Hijo de Dios, nacido de la Virgen para nuestra salvación, ven y nace de nuevo en nuestro corazón.

Señor Jesucristo, Hijo de Dios, nacido en nuestro corazón a través de tus santos Misterios, ven y mora con nosotros para siempre.

Señor Jesucristo, Hijo de Dios, Niño dado a tus fieles, que estás con tu Iglesia siempre, incluso hasta el fin del mundo, haznos dignos de ser moradas para ti en los siglos venideros, cuando tú, junto con tu Padre y tu Todo-Santo Espíritu, habitarás en tus elegidos como Luz y Paz por los siglos de los siglos. Amén.

Con mi bendición y oraciones para todos ustedes en esta fiesta tan gozosa, Sinceramente suyo en el Cristo recién nacido,

+TIKHON

Arzobispo de Washington

Metropolitano de Toda América y Canadá

